

LA GRACIA

REVISTA COMICA



JUICIO RURAL

—¿No os da vergüenza maltratar a un pobre hombre entre quince?
—¡Alto ahí, señor juez! No éramos más que doce.



30
cts.



—Oye, hijo. ¿Es que piensas vivir sin trabajar?
—Y qué necesidad tengo, teniendo un padre banquero

—Parece mentira que para ganar un par de pesetas tenga que cansarme tanto la cabeza.

LA NOVELA CORTA

publicará el próximo sábado
ANÉCDOTAS DE AMOR

original de
CRISTOBAL DE CASTRO

20 cts.



—Mira, Manolín, no se dice no cabo; se dice no quepo.
¿Y cómo vienes tan tarde?

—Pues verás, mamá: porque la chacha se ha entretenido con un quepo de la Escolta...

LA NOVELA TEATRAL

publicará el próximo domingo
el drama en cuatro actos,

V I V I R

original de
ENRIQUE LÓPEZ ALARCON

30 cts.

EL FOLLETIN

PUBLICARA MAÑANA

El conde de Montecristo

(TOMO III.)

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- 1.—DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
- 2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
- 3.—DICKENS.—Los tiempos difíciles.
- 4.—DOSTOIEVSKI.—Címen y castigo.
- 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6.—E. SIENKIEWITZ.—¿Quo vadis?
- 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
- 8.—WALTER SCOTT.—El pirata.
- 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut.
- 10.—BALZAC.—La piel de zapa.
- 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
- 12.—F. COOPER.—El último mohicano.
- 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
- 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- 15.—LEON TOLSTOI.—Resurrección.
- 16.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo I.)
- 17.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo II.)
- 18.—DUMAS.—Veinte años después (tomo I.)
- 19.—DUMAS.—Veinte años después (tomo II.)
- 20.—DUMAS.—Veinte años después (tomo III.)
- 21.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
- 22.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
- 23.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
- 24.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo IV.)
- 25.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
- 26.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
- 27.—DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
- 28.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo I.)
- 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo II.)
- 30.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo I.)
- 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo II.)
- 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
- 33.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo I.)
- 34.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo II.)
- 35.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo III.)
- 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo IV.)
- 37.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo I.)
- 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo II.)
- 39.—PONSON DU TERRAIL.—La soga del ahorcado.
- 40.—DUMAS.—El conde de Montecristo (tomo I.)
- 41.—Dumas.—El conde de Monte-Cristo (tomo II.)

132 PAGINAS

CUARENTA CENTIMOS

AGENTES EXCLUSIVOS PARA
LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.—Independencia, 856.—Buenos Aires.
Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**.
9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires..... 25 centavos.
En el interior del país..... 20 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados.—No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.—No se abonan otros trabajos que los solicitados

FUNDADOR: JOSE DE URQUIA

—ADMINISTRACION: MADRID, CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008. — TELEFONO, 624.-J.—



—¿Cómo te va en tu matrimonio?
—¡Oh! ¡Si hubiese yo sabido lo que cuesta la modista!...
—¿No te hubieses casado?
—¡Me habría casado con la modista!

HABLANDO CON ANIMALES

Revelaciones de una chinche

Anoche, en la cama, tuve el mullido honor de trabar conocimiento con uno de esos repugnantes y diminutos seres que los sabios naturalistas conocen por el nombre de "cimes lectarius o acanthia lectularia" mientras que nosotros, más infelices o profanos, los conocemos únicamente por sus picaduras.

A fuer de periodista sincero y amigo de la verdad en "deshabillé", comenzaré por declararles a ustedes que mal-dita la gracia que tal conocimiento me hizo. Pero como, por mi desdicha, no me fue posible perder el conocimiento, tuve que resignarme y sufrir con paciencia las molestas pucciones absorbentes del mencionado hemíptero, por cuya vida me vi precisado a velar toda la noche, dada mi condición de socio de la "Protectora de Animales".

Confieso que más de una vez estuve a punto de olvidar esta piadosa condición, dándole gusto a la yema del dedo gordo que, instintivamente, di-

rigiöse hacia él en varias ocasiones con intención aplastadora.

La oportuna reflexión de que para la chinche es en extremo fatal el tocamiento del gordo, paralizó mi mano y devolvió a mi espíritu la precisa ecuanimidad para seguir soportando con española indiferencia la labor edilicia del heteróp-tero.

¡Refulgencio, y cómo chupaba!

Sus picaduras en el cuello, harto continuadas y molestas, llegaron a freirme la sangre.

Pero, sin duda, al "geócoro acantado" o "membranáceo" le gustaba la sangre frita, e incesante, cual una recibidora del "Metro", picaba, picaba porque, al fin y al cabo, tenía derecho a la existencia.

Comprendiéndolo así, hube de ahogar mis protestas que resultaban inoportunas e improcedentes, toda vez que picaba "por derecho" y "en lo alto", según mandan los cánones taurinos.

Toqué a banderillas.

¡Inútil! La chinche, ignorante o sorda, continuó picando.

Con el fin de distraerla en su ocupación, principié a dirigirle preguntas a las que ella, ¡oh poder maravilloso de la vanidad!, hubo de responder con extremada y visible complacencia, al enterarse de que por mi profesión periodística, las utilizaría más tarde para una "entreviú".

—Pregunte, pregunte—me dijo—con toda confianza, que yo satisfaré gustosa su curiosidad.

—¿Naciste?...

—Junto a la luna.

—¡Caray, qué altísimo!

—No se cuele, que me refiero a un espejo.

—¡Ah!

—Yo vine al mundo por un marco.

—¿Por un marco nada más? ¡Qué nacimiento más económico!

—El ocultó mi presencia cuando la chinche de mi madre me abandonó. Desde el marco del espejo, me fui,

apenas pude andar solita, en busca del alimento necesario, a una librería colocada en la misma habitación y repleta de libros modernos. Un examen ligerísimo de la literatura bastó para probarme que de allí nada provechoso podría sacar. Convencida de ello me trasladé a un catre de tijera. —Aquí —pensé— podré hallar quien me provea de sangre humana. En efecto. Al encenderse la luz, vi aparecer un sujeto fornido y robusto que vestía uniforme... Aguardé a que se desnudase y se introdujera en el lecho, musitando con alegría: —¡Me voy a hinchar!... ¡Sí, sí!... Cuando ya a oscuras me dispuse a la inspección y registro de aquellas carnes tan nutritivas, al parecer, el desengaño más horroroso obligóme a abandonar seguidamente la tarea. Aquel hombre parecía usurero o jefe de negociado. ¡Qué mala sangre tenía!

—¿Cambiarías de domicilio?

—A escape.

—¿Y a dónde fuiste a parar?

—A una alcoba muy pequeña con tres camas y un ventanuco que daba a un pasillo, en la cual dormían, (si mis compañeras y yo les dejábamos) cuatro estudiantes y dos empleados que me mataban de hambre, pues a fuerza de comer patatas y otros tubérculos, estaban tuberculosos los pobresillos. Escondida en la americana de uno de ellos pude salir a la calle y llegar sin cansancio al dormitorio de una cupletista muy en boga. ¡Oh qué bello panorama se ofreció entonces a mis ojos! Al contemplar aquellas prometedoras y succulentas morbideces, exclamé, esperanzada: —¡Ahora sí que me hincho!

—Y te hincharías, ¿verdad?

—Calle... Desengaño número dos.

—¿Qué le pasaba?

—Por las señas, puede usted figurárselo. Era sangre podrida que habían tratado ya de purificar infinidad de doctores.

—¿Muchos?

—Seiscientos seis lo menos.

—¡Reinyecciones!

—Además, el consumo excesivo de polvos insecticidas, me hacía la vida imposible en aquel lugar.

—¿Los usaban con frecuencia?

—Todos los días.

—¡Pues sí que has tenido mala suerte!

—¡Malísima! Menos mal que en la mayoría de los españoles, hallamos las chinches nuestro alimento ideal para el verano.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque tienen sangre "de horchata".

Adolfo Sánchez Carrere

PETICION DE MANO

—De modo que ustedes son los señores de Suárez, los padres de ese pícaro de Onofre.

—Servidores.

—Por muchos años.

—Ya para toda la vida, porque ni nosotros pensamos cambiar de hijo, ni es de creer que él tampoco se echará por el mundo en busca de otros padres.

—Naturalmente.

—Y como creemos que está usted perfectamente penetrado del objeto de esta nuestra visita....

—Penetradísimo; como si al anunciarles a ustedes me hubieran clavado un punzón.

—Son cosas de los chicos.

—Y pasos que hay que dar por los grandes.

—Exacto. Onofre quiere como un burro, a su hija de usted.

—Es un honor. Hay que reconocer que ella ciega por él como una bestia.

—Por eso hemos venido. El un burro y ella una bestia, lo mejor es que se unan.

—Naturalmente. De las condiciones de nuestro hijo no hemos de hablar.

—Pero ¿pone condiciones?

—Nos referimos a sus condiciones morales. Es trabajador, honrado, formal, no le gustan las mujeres...

—Entonces ¿cómo se casa?

—No le gustan en montón, pero su hija de usted, sí, sí.

—Ya, desglobada.

—Queremos decir que no es un calavera, no tiene vicios y su única pasión, después de los sesos fritos, es el estar en casa, la sopa Tills y junto a la lumbre.

—Costumbres patriarcales.

—Patriarcalísimas, pero que concluyen por abrumar a la mujer. Usted no ha sido nunca mujer, naturalmente.

—Usted lo ha dicho, naturalmente.

—Pues bien, no tiene usted idea de lo aburrido que resulta tener al marido siempre al lado. Yo quiero mucho a este, pero aún después de treinta años de casado, hay días en que le digo: ¿Por qué no te vas a ver cómo van los derribos de la Gran Vía?

—¿Y su hijo de ustedes?

—Me temo que en eso de pelmazo ha salido a este.

—¡Bibiana!

—¿Qué? Las cosas claras y este caballero que ha de ser consuegro nuestro, comprenderá la verdad de lo que le digo.

—Yo creo que mi hija se alegrará

de tener siempre a su lado al marido.

—Ya lo veremos; se lo dice a usted quien ha sido mujer toda la vida.

—Los muchachos se quieren, me consta, porque yo he ido con ellos a teatros y cines y lo he comprobado.

—Sí, la juventud, hoy día, no sabe lo que se hace.

—Así ha sido el mundo siempre. La prueba es que nosotros también nos hemos casado.

—Y hablando de dinero...

—Que es de lo peor que se puede hablar.

—Ya sabrá usted con lo que cuenta Onofre.

—Sí, con los dedos. En eso de las matemáticas creo que no es un águila.

—¿Un pajaraco? No lo es en eso ni en nada.

—Quiero decir que de Pitágoras a él hay gran distancia.

—¿Pitágoras? ¿Es uno que tiene esteréría en la Ronda de Atocha?

—Sigamos en el grano de lo que constituye el capital de Onofre.

—¡Ah, pues cero! El muchacho no es de esos interesadotes que se vuelven locos por el dinero.

—Hace bien.

—Sabe que su hija de usted tiene algo y con ello se contenta.

—Y él de su parte...

—¿De su parte? Nos dió muchas expresiones para usted.

—Tantas gracias, pero quiero decir que algo hará.

—¿Quién lo duda! Lo primero que hace es querer casarse. Durmiendo es el as y respecto a tener buen humor y ganas de dicharacharía, no hay que hablar. A nuestro hijo le lleva usted con una tortilla y unos filetes al campo y tiene usted que tirarse al suelo.

—¿Para comer la tortilla?

—¡Para reirse con las cosas que dice!

—Eso es bueno; alegría significa salud.

—Como sano es una manzana a la que no se le puede clincar el diente. A usted le dan las viruelas.

—¿A mí? ¿Y por qué no a usted?

—Es una comparación que iba a poner, y lo más probable es que se muera.

—O que la empresa a tiros con el que tiene el buen humor de decirme semejante cosa.

—Pues bien; a usted esa enfermedad le vale el presentar la dimisión entre los vivos y a nuestro hijo le

sirve de chirigota y sale más fuerte que un jugador de fútbol.

—Perfectamente. Y les felicito a ustedes por esa naturaleza que me figuro será obra de ustedes.

—Mitad y mitad.

—Bien. De modo, que respecto a intereses, no hay que hablar.

—¿Para qué? Con lo que su hija tenga, nuestro hijo se conforma.

—Pero, él, seguramente que una vez casado, se propondrá hacer algo.

—¡Ya lo creo! Ayer mismo nos lo decía: en cuanto me case, me voy a dar la gran vida. Eso sí, como no es egoísta, de lo que él coma, comerá su mujer, de lo que él beba, beberá ella, y de lo que fume...

—Mi hija no fuma.

—No, si digo que de lo que fume será lo mejor, porque usted no sabe lo que es con un cigarro en la boca.

—Y sin el cigarro. ¡Un fresco!

—¡Caballero!

—¡Narices! Por lo visto, ese Onofre de usted y la Puerta de Alcalá parejas en punto a ventilación. Vivir a costa mía, chupar del bote y anunciarlo previamente. ¡Ya hace falta desahogo! ¿Venir a pedirme la mano de mi hija? Espéreme un momento que ahora vuelvo con la mano.

—¿Y con su hija?

—No; con la mano sola. Es con la del almirez, para darles con ella en la cabeza si no se quitan de mi vista.

¡Valiente familia!...

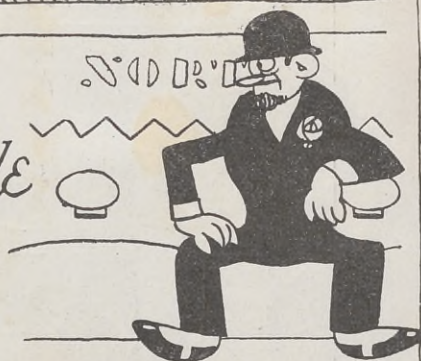
A. R. Bonnat



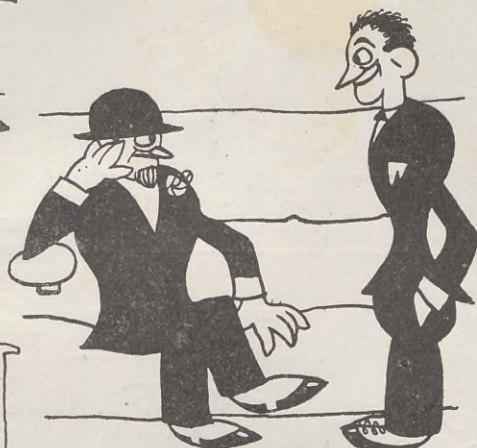
—¿Ya no es su médico el doctor Peña?

—No me lo miente siquiera, regañé con él porque mandó hacer gárgaras a mi marido.

Coplas festivas de M. Fernández Conde Monos de Garrido



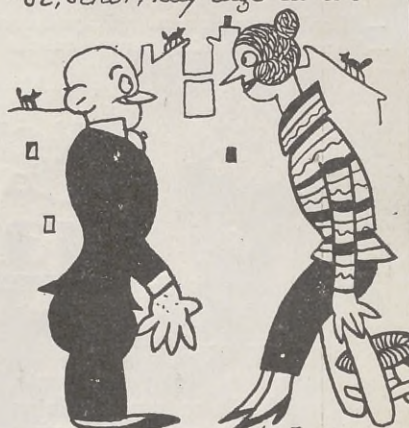
En un coche de primera
van solos dos viajeros:
uno joven, perfilado,
alto, delgado, moreno,
aficionado a la charla
y amigo de devaneos;



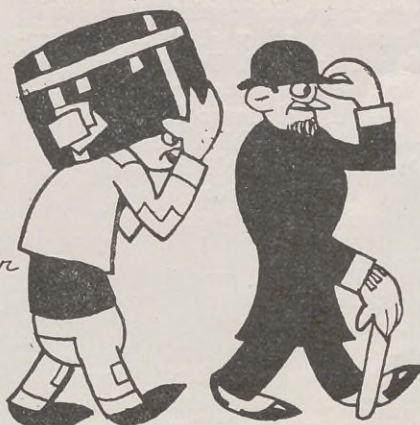
- Ahora contesta en vascuence?
Poco a poco, caballero,
dijo enfadado ya el joven:
¿me está usted tomando el pelo?
Y el otro, impravible, dice:
- Sí, señor; hay algo de eso



- Oui - flemático, responde
el bajo, gordete y feo.
- Ah! sí; es usted francés?
- Yes - le contesta muy serio:
- Que torpe soy; he debido
conocer por el acento



el otro un señor adusto,
tipo enteramente opuesto,
bajo, rubio, feo,
regordete, grave y serio,
revelando por su facha
que debe ser extranjero.
Más de dos horas llevaban
juntos los dos viajeros



Cierta Miss, que todavía
habla español chapucero,
preguntó, al ver que los gatos
maullaban de un modo fiero:
- Qué tenéis, animalitos?
- como estamos en enero,
pues... que les duelen las muelas.
- Lástima, León pequeño..



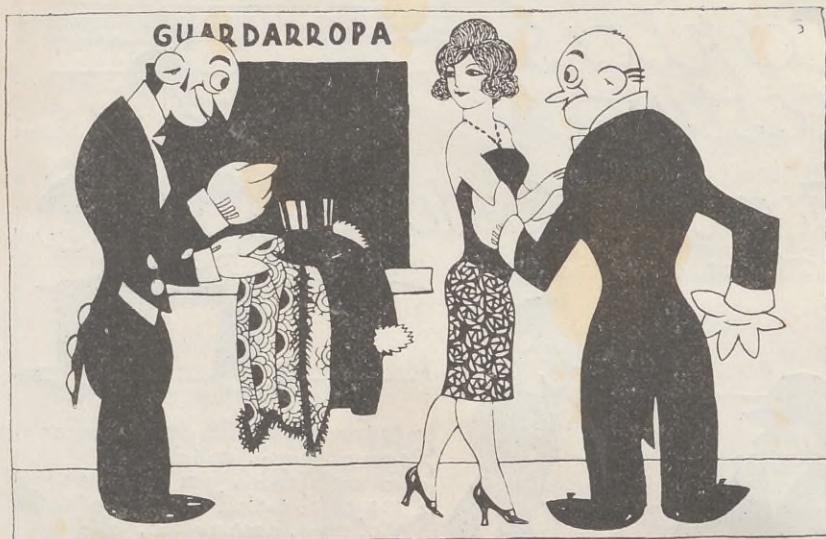
que era de raza sajona...
¿Conque inglés? Bueno, hombre, bueno.
¿Es usted del mismo Londres?
- Bay - le responde imperterrito.



sin que la más leve frase
se hubiera cruzado entre ellos,
cuando el joven perfilado,
alto, delgado y moreno,
por romper aquel mutismo,
le dijo a su compañero:
- Mi curiosidad disperse,
¿es usted acaso extranjero?



Al cabo de algunos meses
vi a la Miss de nuestro cuento
con los carrillos hinchados
por flemones traicioneros.
- Qué tiene usted en la cara
que atado lleva un pañuelo?
- Oh! mi, estar fastidiada
como gatos en enero...



—Al señor y a su nieta, ¿les pongo el mismo número de anoche?
—No; pónganos otro, porque anoche nos le tomó usted cambiado; la señorita es mi mujer.
I dibujo de GARRIDO.



Historia de la Gracia

"DON QUIJOTE"

Este semanario, que, ciertamente, no dejó una huella muy profunda en la historia de nuestra prensa festiva, ofrece, sin embargo, un interés singularísimo. En efecto, al repasar sus páginas encontramos en ellas, con la sorpresa natural, los nombres de algunos escritores que hoy, a pesar de los treinta y siete años transcurridos desde entonces, siguen echándolas de muchachos y cuya madurez no seremos nosotros quienes la hagamos pública. El que quiera saber más, que lea el "Don Quijote..."

Otra sorpresa es ver cómo literatos que ahora pasan por personas graves y serias se dedicaban en aquella época al cultivo de la chirigota. Tal ocurre con el estupendo políglota, verdadera gloria del periodismo contemporáneo, Dionisio Pérez y con el ilustre redactor-jefe de "Blanco y Negro", José Campo-Moreno. Del primero, aunque parezca mentira, es esta humorada:

"Me dijeron ¡chiquilla!
que besaste a tu novio en la mejilla...
¡Por Dios, no hagas más eso;
si loca de pasión le das un beso,
que sea entre los labios... ¡picarilla!"

Había asimismo poetas que hoy ya no lo son, aunque continúan dándole a la péñola. En ese grupo están,

entre otros, el popular autor cómico Joaquín Abatí y el gracioso humorista Agustín R. Bonnat, los cuales versificaban de esta manera:

"Me dijo el diestro García:
—Seis toros recibí el día
doce de mayo en Gijón—
Y el hombre verdad decía:
los recibí... en la estación..."
(Abatí.)

"Cuando pases por mi vera
entorna un poco los ojos,
que soy padre de familia
y me voy a volver loco." (Bonnat.)

Pero la sorpresa más grande de cuantas encierra "Don Quijote" es la de ver que escriben individualmente, cada cual por su cuenta, los fecundos y eminentes dramaturgos hermanos Quintero:

He aquí un epigrama de Joaquín:
"Le dijo ayer Julio "Verde"
a Francisco "Colorado":
¿Sabe usted que corre un "gris"
que ya pasa de "castaño"?"

Y he aquí una parodia de "La Opinión", de Campoamor, hecha por Serafín:

"En no sé qué lotería
el "gordo" a Juan le tocó.
Ved lo que el mundo decía,
en tanto que lo cobró:
Un sablista:—"¡Lo persigo!"

Un caco:—"¡Quién lo atraparará!"
Un gorrón:—"¡Me haré su amigo!"
Un avaro:—"¡No estallará!"
Una vieja:—"Esta es la vida."
Un muchacho:—"¡Qué friolera!"
Un glotón:—"¡Buena comida!"
Un curda:—"¡Qué borrachera!"
—"Me alegro"—dicen los buenos.
—"¡Buen provecho!"—los demás.
Los ricos:—"Un pobre menos".
Los pobres:—"Un rico más".

Fuera de estas "sorpresas", "Don Quijote" ofrece poco interés. Sus chistes responden a los viejos procedimientos de los tenorios callejeros, las suegras irascibles, los cesantes famélicos, los guardias brutos y los soldados soces. Casi todos iban ilustrados por el lápiz de Cilla, que tanto trabajó por entonces y después de entonces, por el de Moya, que aún vive, alejado de las lides periodísticas, y por el de "Mecachis", muerto prematuramente.

Y para que los lectores puedan formarse una ligera idea de los chistes de "Don Quijote", allá van unos cuantos, tomados al azar:

—"Yo caí en los estrechos con doña Amalia. ¿Y usted?"

—Pues yo caí con mi mujer, en casa de don Benito, a la hora de almorzar."



—Estas rosas las ha traído el señorito Julio.

—¿Y mis primos?

—Esos, como siempre: lilas.

Dibujo de GARRIDO.

—“Afortunadamente el petardo no hizo más que chamuscarme hasta la camisa.

—Los de mi primo son peores, hija.”

—“¡Viva mi tierra, y viva la patria y!... Pero ¿no puede usted hablar, niña? ¿Se le ha atravesado alguna espina?”

—Se me ha atravesado, so permaso, eso que viene usted jisiendo.

—Pues lo diré de otra manera prenda, a ve si entra erecho.”

—“Sabes que me han contratado para La Plata?”

—¡Ay, si me contrataran a mí aunque no fuera más que para el cobre!”

—“Pa verbenas, Madrid.

—Y pa gofetás. Hasta el carrillo izquierdo me está doliendo de la que me dieron en el otro.”

—“¿Dónde vas?”

—A empeñar la capa.

—¿En este tiempo, hombre?”

—Sí; y estará empeñada hasta que

se descubra el medio de combatir con el calor el hambre.”

—“¡Cualquiera diría que tienes frío, hombre!”

—¡Ca! Me pongo la bufanda para tapar la señal del mordisco que me tiró anoche mi mujer.”

—“¿A las ocho?”

—Bueno, pero no me faltes, mujer.

—¿Faltarte? ¡Quíá! Verás como te sobro, hombre.”

—“¿De veras no hace frío en el cuartel?”

—Comu hacerle, le hace; pero lus cabos tienen buenos caloríferos para nosotros.”

Estos son los chismes prosaicos de “Don

Quijote”. De los poéticos, allá van unos cuantos ejemplos:

“A Inocencia la llevó su niñera a pasear; púsose aquélla a jugar y a poco se le extravió. Y aún hoy recuerda llorando el caso la pobre chica, pues perdió, según se explica, la Inocencia allí jugando.”

(Agustín Pajarón.)

“Examinando de historia un maestro a sus alumnos, —Quisiera, dijo, señores, me manifestase alguno porque Bruto mató a César. —Yo lo diré, don Abundio; contestó con cierto aire de suficiencia un adulto.

—Vamos a ver, diga usted.

—La razón, según discurro, de matar Bruto a su padre, es porque Bruto era un bruto.”

(Eduardo de Lustonó.)

De escritores plenamente consagrados hoy y poco conocidos entonces, podríamos copiar algunas “gracias”. Pero no lo consideramos oportuno. La obra de todo principiante tiene que ser deficiente. Y sacar a a colación determinados defectillos, sería una imperdonable falta de respeto hacia ilustres personas que nos lo merecen muy grande.

Marcelino Zurita



EL PROFESOR.—Dígame el origen del metro.
EL ALUMNO.—Los tranvías.

—“Bueno, cenaremos, ¿y luego?”
—Pagará usted seis u ocho duros al mozo.

—¿Y luego?”

—Me acompañará usted.

—¿Y luego?”

—Dirá al sereno, al dejarme usted a la puerta de mi casa: “¡Qué suerte tienen algunos hombres!”

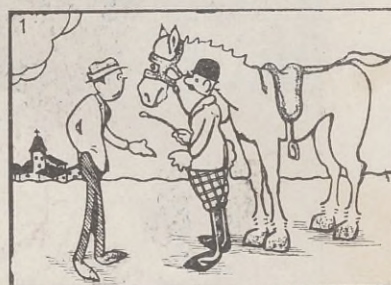
—“Chico, nos parecemos en la figura, en el genio, en las aficiones.

—Y en querer comer todos los días.”

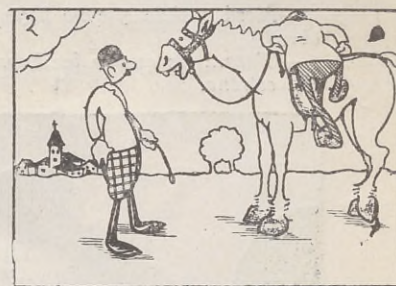
—“Verás, se me cayó una liga... ¡figúrate!... como había tanta gente...

—¿Y qué hiciste?”

—Estaba tan atolondrada, que me la puse delante de todos.”



—¿Sabe usted montar a caballo?
—Sí.



—¿Lo ve usted?



—¡¡¡!!!



—¿...?
—Sí, señor, montar, sé; lo que no sé es sostenerme arriba.
Dibujo de MENDOZA.



—¿Será posible que no haya butacas siendo tan mala la obra?

—Claro... Es que se las habrán tirado al autor la noche del estreno.



—¿Te has fijado en que esta tiple se adelanta siempre a la música.

—Es que no tienes en cuenta que es una tiple ligera...

TEATRALERIAS POR GARRIDO



—Verdaderamente, para esta clase de papeles me pinto sola.



—Da gusto con el apuntador de este teatro. Se oye dis veces la función pagando una solamente.



—¡Ah, ya caigo! Usted era la madre de la Cañete la temporada pasada.



—La verdad es que no sé cómo caracterizarme; porque en mi papel sólo pone: Marciano es un hombre de pelo en pecho.

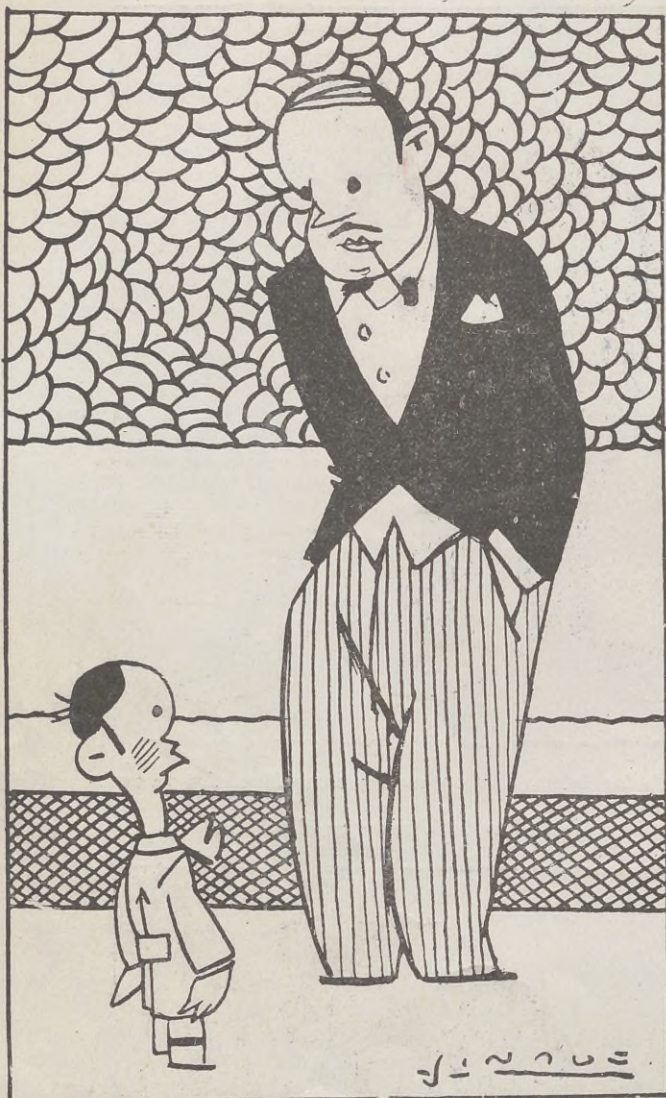


En los dramas heróicos no hay como Mochales para manejar la espada.

—¡Pues si le viera usted manejar el sable!...



—A mí me gustan las mujeres en general; pero me gustan mucho más en antepalco.



—¿Hace frío, papá, porque es invierno, o es invierno porque hace frío?

MOTES FINOS

Cuando yo era niño—no recuerdo haber sido nunca niña—se situaban en la esquina de la Concepción Jerónima y de Atocha, por los días de Navidad, unas mujerucas que vendían los “Entrechos”, y con ellos, otros pliegos, cuyo sólo pregón nos transportaba a los tiempos galantes de los Currutacos, Petimetres, Manolas y Chispes. Eran estos pliegos los de “Motes finos para damas y galanes”. Toda una época; la del viejo y patriarcal Madrid de la camilla con brasero de cisco de tahona y su hierrecito para quitarle el tufo, y del velón de cinco mecheros, asesinado por el invento de monsieur Quinquet: el quinqué apestoso.

Esto de los “motes finos” me ha hecho pensar hoy un poco en ciertos lemas heráldicos, famosísimos, de los que podemos charlar un rato.

como la de la Casa de Saboya, y en cada uno de los cuarteles dichos aparece una letra, en este orden, F E R T.

¿Qué diantres querrán decir estas siglas? ¡FERT! ¿Será algo alusivo a la fertilidad del suelo de Italia? ¿Será algo tan necio como el “No madejado” del escudo de Sevilla, o como el estúpido saltamontes del de Llagostera, que ha transformado en “llagosta” (langosta) lo que fué “lacustre”?

Yo no lo sé, pero los franceses, que lo saben todo, dicen que esas iniciales significan:

“Frappez-Entrez-Rompez-Tout”.

Por lo menos, esta solución indica una espiritualidad luteciana pura.

Mi criada disiente, sin embargo. Mi criada, que ha visto dibujadas en un papel estas armas, sobre mi mesa, me ha dicho muy oronda:

—Señorito, ¡este es el escudo de mi pueblo!

Dejemos el “Honni soit”, de la Jarretera, cazado con liga en la pierna de una mujer. Pensemos en el portento de arrogancia del de los Rohanes:

“Duque es poco; Rey, no puedo.

¡Soy Rohan!”.

Saludemos al de nuestros altivos García:

“¡Nadie diga de García arriba!” e inclinémonos reverentes, ante el de los Quirós heterotéticos:

“Después de Dios, la casa de Quirós”, así, como quien no dice nada.

Aunque, según dicen en la Montaña, algo les dijo el indiano que, al afincar frente a uno de éstos, grabó en el dintel de su puerta:

“Después de Dios, la olla; que la casa de Quirós sólo es bambolla”.

La egregia Orden de la Anunziata, del reino de Italia, ostenta un inquietante escudo, que yo, completamente lego en artes heráldicas, no he sabido descifrar jamás.

Está partido en cuatro cuarteles, por una cruz plana

—¿De tu pueblo? Pero ¿eres italiana tú?

—No, señorito; yo soy de Blanes, provincia de Gerona.

—¿Y tú sabes lo que esto significa?

—Sí, señor; en mi pueblo lo sabemos todos: esto quiere decir: “Su fortaleza contuvo a los rodios” Yo lo tengo en un librito que me traje de casa.

—Tráemelo...

—Aquí lo tiene usted.

“Fortitudo ejus rhodium termit”.

Me quedé viendo visiones. La moza efectivamente, es un trago; pero ya la estoy viendo en la prensa ilustrada como corresponsal de la Academia.

¿Qué relación puede existir entre Blanes, pueblo humilde de la costa levantina catalana, y la altísima condecoración de la patria del Dante?

Aquí de los sabios.

A veces, estas cosas tan abstrusas, una vez descubiertas, tienen una sencillez de alambique.

Hasta poco tiempo ha, no se ha puesto en claro un hecho rigurosamente histórico, que Pradilla immortalizó en su célebre cuadro “La rendición de Granada”.

Cuando Fernando V de Aragón estaba en vísperas de contraer nupcias con Isabel I de Castilla, uniéndose corazón con corazón, reinos con reinos y corona con corona, surgió la duda de cuál de entrambos futuros conyuges habría de llevar la voz cantante y empuñar el cetro del nuevo reino unido.

Claro está que castellanos, gallegos y legionenses clamaban por Isabel; pero aragoneses, catalanes y levantinos votaban por Fernando.

No era cosa de echarlo a cara o cruz; pero sí de someterlo a un juicio de Dios.

Tanto Fernando como Isabel se las echaban de habilísimos jinetes. Pues ya estaba resuelto el problema: una carrera a caballo, decidiría el pleito: el primero de entrambos monarcas que llegase a la meta, sería el amo.

Se aceptó la proposición, y Fernando, sobre un tostado alazán, e Isabel sobre una blanca hacanea, disputáronse la codiciada supremacía.

Partieron, ambos, como rayos, por la despejada planicie, en un lejano punto de la cual, el cardenal Cisneros y Gonzalo de Córdoba, esperaban al vencedor para otorgarle el premio. El mejor jinete sería el verdadero rey. El que no llegase a la meta, se quedaría en la “metá”.

Pero no contaron con la huéspeda. Si buena amazona era la reina de Castilla, buen caballero era el rey de Aragón. Llegaron juntos, iguales, morro con morro, los sendos corceles. Empataron, y los jueces acordaron que para siempre más persistiera el empate, pronunciando la célebre frase:

“Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando”.

Origen del famoso mote.

V. Díez de Tejada



LOS CAMBIOS

—¡Las liras están por los suelos!
—¡Dígamelo a mí, que soy poeta!

TIPOS EXTRAVAGANTES

El hombre del encendedor monstruoso

Este caballero no estriba más que en su encendedor. Su encendedor lo es todo en él. Vive para él, alienta para él, reanuda ánimos en las perspectivas de las calles con el solo objeto de que sea más vital e intensa la emoción de su encendedor.

Así como hay hombres que se dedican a la morfina o a la bebida, este está dedicado a su encendedor. Busca las mejores piedras por entre todos los puecillos de la calle, y en su casa se dedica a emborracharle de bencina.

Para reconocer al hombre del encendedor monstruoso cuando se pasea con él apagado y disimulado en el bolsillo especial que se ha mandado hacer para hospedarle, es menester ser muy observador. Yo, que me las doy de tal, le veo avanzar por entre los demás hombres con fiero tipo de todo, menos de ser inteligente o que vislumbra alguna cosa. "La fatuidad de ese caballero—me digo—es la fatuidad seca, áspera, precaria... O es el hombre que lleva un reloj que considera el de hora más fija entre todos los relojes, o lleva una pistola automática en el bolsillo de atrás del pantalón".

Esas son mis primeras deducciones ante el tipo lívido, tonto, de mal oficinista que luce el gachó del encendedor monstruoso.

Una inducción más y está hallado el tipo. Rechazo lo del reloj porque no tiene tipo de ser hombre con precisión en su pensamiento, y además porque al pasar frente a una tienda ha mirado el reloj con ansiedad de saber la hora de que tenía sed, y rechazo lo de la pistola en el bolsillo de atrás, porque le he visto sacar la petaca de salva sea esa parte. Entonces—me pregunto—, ¿de

que presume este nombre que no pueda presumir de hongo por como está de informe y deteriorado, ni de gabán, porque está en pleno ocaso el que lleva, ni de físico, porque hasta va sin afeitar?" Y llego a la conclusión de que sólo puede presumir de tener un encendedor monstruoso.

En efecto, a los pocos minutos saca un enorme, mirobolante y atorrullante encendedor. Ha dejado apagar su cigarro sólo a propósito para poderlo encender con esa especie de candil práctico con el que siente que ilumina a todo el universo, y da resplandores interesantes y cuantiosos a su rostro metido entre la llama pronta del encendedor. Tarda en encender porque necesita que todo el mundo se asombre al ver cómo chamusca su cigarro. Después el

hombre del magnífico encendedor monstruoso, modelo en su género, ejemplar como no hay otro, aparato aparatonismo de la naturaleza, se dirige a la tertulia de los amigos que no le conocen, es decir, hacia esos hombres silenciosos de mirada perdida y como ciega que hay sentados en los cafés y que sólo nece-

sitan que llegue el ser parlante que los congrege en tertulia pergeñada al azar.

El hombre del encendedor monstruoso y admirable se sienta con una sonrisa de "ahora veréis quién soy yo", y pide una copita de ginebra que es lo que más se parece a la bencina.

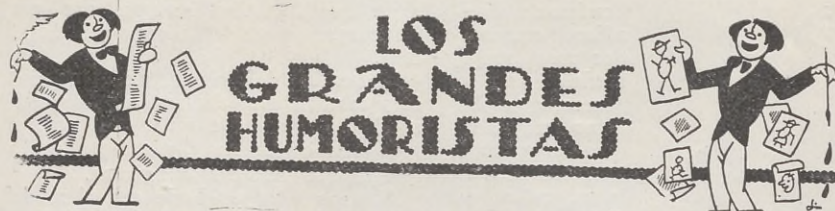
Al poco rato ya charla con el mudo señor de la derecha y el ciego caballero de la izquierda, que mira asombrado su encendedor monstruoso mientras los dos se maravillan de lo prodigioso que es, pues para las gentes modestas de este bajo mundo un encendedor monstruoso es como un automóvil de buena marca para los hombres ambiciosos y mundanos.

R. Gómez de la Jerna

EL PROXIMO NUMERO PUBLICAREMOS UNA INTERESANTISIMA INTERVU COMICA DEL GENERAL WEYLER
ilustrada por TOVAR, escrita por GUTIERREZ DE MIGUEL



—Si usted supiera... Camió unas aceitunas y se conoce que le han hecho daño; y es que no para. Lleva todo el día retorciéndose y dando brincos...
—Serían sevillanas...



Los padres bondadosos

La señora Gigou. 45 años.

El señor Gigou, 50 años.

Juan, doméstico.

Comedor confortable; platos antiguos; tapicerías antiguas; aparador Renacimiento. Aunque sólo el señor y la señora Gigou están sentados a la mesa, hay sin embargo tres cubiertos:

La señora Gigou.—(Al criado.) Juan, ¿acaso el señorito Jorge ha prevenido que no vendría a almorzar?

Juan.—(Balcuciente.) Yo... yo... no sé nada; el señorito Jorge no... no ha dicho nada.

El señor Gigou.—Quitad su cubierto.

La señora Gigou.—Vamos, hombre, no seas impaciente; acabamos de sentarnos a la mesa. Podríamos esperar todavía cinco minutos.

El señor Gigou.—Nada de eso. No quiero que tu hijo se acostumbre a confundir esta casa con una mesa redonda. (Severamente.) ¿Oís lo que os digo, Juan? ¿A qué esperais para quitar ese cubierto?

Juan.—No... no espero nada: sólo que como la señora, parecía inclinada a que no lo quitase...

El señor Gigou.—Está bien, está bien; haced lo que os digo.

(Juan se lleva el cubierto. Breve silencio. Huevos revueltos con tomate.)

La señora Gigou.—(Tímidamente.) Algunas veces, el principal de Jorge le retiene hasta muy tarde.

El señor Gigou.—Vamos, vamos, querida, déjame en paz; he hablado con su jefe, el señor Michaud, anoche mismo... Hace más de quince días que Jorge no ha puesto los pies en su casa. ¿Oyes, Clotilde? ¡Más de quince días!

La señora Gigou.—¿Es posible?

El señor Gigou.—Mira, tu hijo va por muy mal camino. En vano le he hecho entrar como secretario en casa de Michaud, una de las glorias del foro contemporáneo. Con él podrá aprender su oficio. Pero no le importa, no hace nada. No se preocupa en lo más mínimo de su posición, de su porvenir... Y es hora de pensar en ello. Tiene veintidós años.

La señora Gigou.—Es un niño. Además, yo sé muy bien lo que le pasa en el fondo.

El señor Gigou.—¿Qué?

La señora Gigou.—Que no le gusta esa profesión... El otro día me lo confesó; el día que Michaud sacó absuelta a esa bribona que envenenó a su hijo y a su marido. Jorge encuentra esto odioso, repugnante... ¡Utilizar su talento para el triunfo de causas semejantes! ¡Tiene unos sentimientos tan excelentes!...

El señor Gigou.—Sí, sí... Pero ¿por qué ha escogido entonces esa profesión? A Dios gracias, nadie puede reprocharme estrechez de ideas... Comprendo muy bien que mi hijo no quiera hacer lo que yo hago... Tampoco yo quise abrazar el oficio de mi padre... El se dedicaba a los aceites; yo me dedico a los tejidos, cosa muy diferente... Admito que se puedan tener gustos especiales, aptitudes, vocación, en una palabra. Pero es él mismo quien ha deseado ser abogado... Conque, que nos deje en paz. No, no es eso. ¿Sabes lo que hay en el fondo de todo esto? Alguna mujerzuela, alguna perdida... (La señora Gigou hace una seña a su esposo para que se calle, a causa de la entrada del domés-

tico. Silencio. Chuletas a la jardinera. Juan retarda su salida; al cabo, se marcha.)

La señora Gigou.—Parece que lo hace a propósito. No se va nunca cuando tenemos que hablar y cuando le necesitamos no está aquí jamás.

El señor Gigou.—Es cierto. En fin, volviendo a Jorge, no hay duda de que su mala conducta tiene como causa una mujer. Esta noche no ha regresado; otra vez ha dormido fuera de casa; debe contraer deudas...

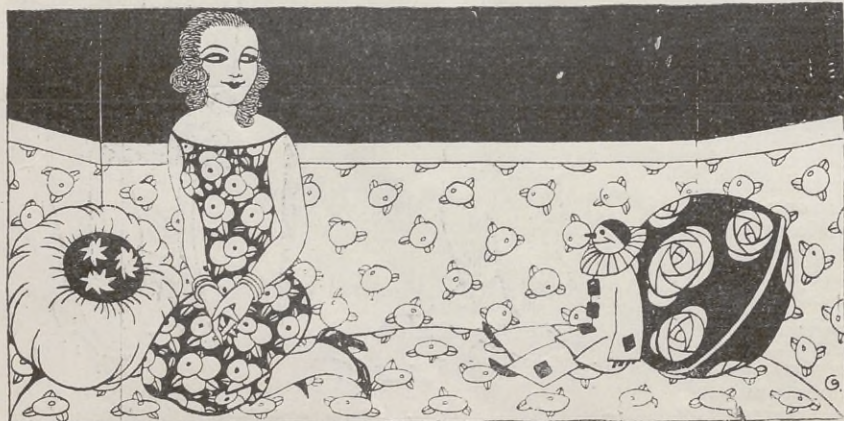
La señora Gigou.—¡Oh, no es eso lo peor! Lo más grave es que arruina su salud, y temo que concluya como su hermano, nuestro pobre Mauricio, que murió enfermo del pecho. (Su voz tiembla; sus ojos se humedecen.)

El señor Gigou.—(Emocionado.) Yo no soy un vulgar burgués, un padre imbécil; comprendo que un joven se divierta... Yo mismo, cuando tenía su edad... Pero uno puede divertirse ra-



—Me gusta usted porque lleva un perro.

—Descarado; no es un perro, es un renard.



—La verdad es que con los ingleses que tiene mi novio, aún no sé si voy a casarme con un empleado de la Deuda o con la deuda de un empleado.

Dibujo de GARRIDO.

zonablemente... Y tu hijo es exagerado en todo, y en esto más aún. Y más tarde se paga.

La señora Gigou.—Todos los jóvenes hacen igual, a no ser que...

El señor Gigou.—Sigue.

La señora Gigou.—Pues bien, a no ser que estén comprometidos, como el pequeño Gardoni. Ahí tienes un muchacho que era tan calaver, como Jorge y que ahora ha sentado la cabeza y se ha vuelto muy formal.

El señor Gigou.—Entonces, es evidente que convendría comprometer a nuestro hijo.

La señora Gigou.—Para eso sería necesario ver gente; pero nosotros vivimos como osos en nuestro rincón. Sería menester que aquí hubiese juventud, alegría... Así, Jorge permanecería con gusto en casa y hallaría un buen día lo que le hace falta, mientras que ahora se aburre, lo cual no me extraña, y va no sabemos donde y trata no sabemos a quién.



—Ya lo sabes, hijo mío, no se puede sustraer 5 manzanas de 6 peras, ni 2 peras de 5 gatos.

—Oiga, maestra, yo he visto sustraer cinco litros de leche de una vaca.

El señor Gigou. — Sin embargo, no podemos dar bailes como para casar a una muchacha.

La señora Gigou. — Pero, sin dar bailes, se pueden celebrar comidas, veladas... Así lo hacen los Gardon, y en su casa ha sido donde su hijo ha encontrado a esa linda señora Valreal, y así ha podido tener una querida en un mundo honorable, en nuestro mundo; una amiga de su hermana, que no ofrece ningún peligro para él.

El señor Gigou. — Y que no le cuesta un cuarto.



—¿Por qué este cuadro que valía antes doscientas pesetas lo has puesto en trescientas?

—¡Como han subido las subsistencias!

La señora Gigou. — Y luego, es una mujer correctísima, que salva las apariencias; y como no pueden verse más que de tarde en tarde, el muchacho no arruina su salud.

El señor Gigou. — Sí, pero no podemos contar ya con la señora Valreal.

La señora Gigou. — Naturalmente... Pero hay otras.

El señor Gigou. — ¿Tú crees?...

La señora Gigou. — ¡Oh, no faltan! Sólo que es preciso buscarlas. (Nueva entrada de Juan. Espárragos en salsa. Breve silencio. Salida de Juan.)

El señor Gigou. — ¡Vaya un papelito que íbamos a hacer! ¡No te das cuenta? ¿Sabes cómo se llama?

La señora Gigou. — Sólo sé una cosa; que he perdido ya un hijo que murió por haberse divertido demasiado y no quiero perder otro. (Sus ojos se llenan de lágrimas.)

El señor Gigou. — (Muy emocionado.) Es verdad, es verdad.

La señora Gigou. — (Alzando los ojos al cielo.) Necesitaríamos una mujer que nos le conservara.

El señor Gigou. — (Vacilando.) Mira a ver entre tus relaciones... quién podría...

La señora Gigou. — Así, tan de repente... Tengo que pensar en ello, que reflexionar... Acaso nos serviría Alicia.

El señor Gigou. — ¿Qué Alicia?

La señora Gigou. — Ahora mismo te lo diré. (Nueva entrada de Juan. Queso, frutas. Salida de Juan.)

El señor Gigou. — ¿Y bien?

La señora Gigou. — Pues sí... Alicia Aleuil. Creo que esta nos convendría mucho. Jorge la habla muy de su gusto y creo que él no la desagrada... De lo contrario, sería muy descontentadiza...

El señor Gigou. — Pero acaso sea honrada...

La señora Gigou. — ¡Bah!

El señor Gigou. — ¿Imaginas?...

La señora Gigou. — Ha sido la querida de Dacier, que la ha abandonado

para casarse; es una mujercita que necesita amar y ser consolada.

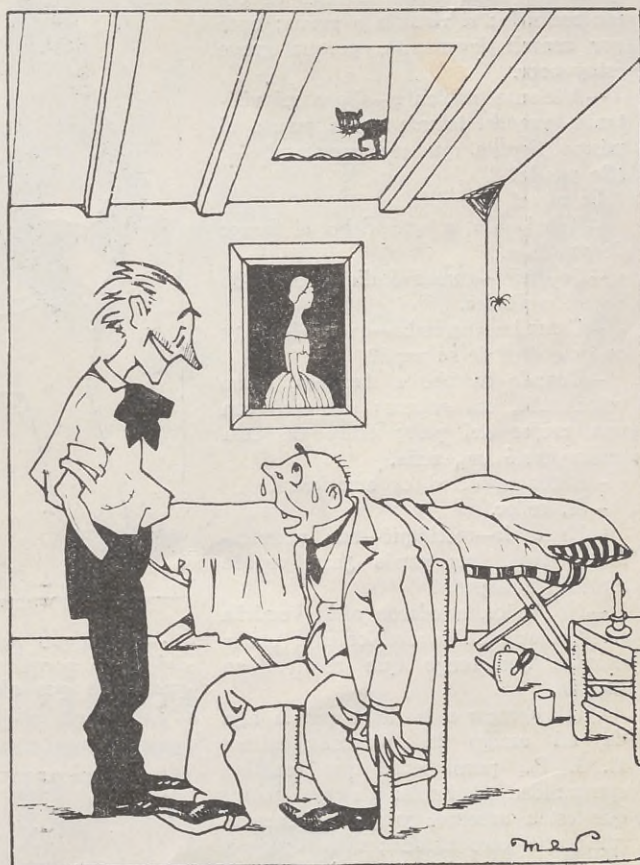
El señor Gigou. — ¿Cómo sabes tú todo eso?

La señora Gigou. — ¡Oh, yo estoy muy bien enterada de cuanto ocurre! Sé lo que digo... Es un excelente partido para nuestro hijo... Harán una pareja deliciosa.

El señor Gigou. — Y a todo esto, ¿qué haces del marido?

La señora Gigou. — Puesto que le conoces, es muy sencillo. No tienes más que escribirle invitándole a comer con su señora.

El señor Gigou. — Pero, ¿y el pretext-



—Qué barbaridad, hijo, qué altura.

—Sí, pero ya ves, aquí estoy como los ángeles.

to?... Hace seis años que no hemos visto a los Aleuil... Esta invitación les sorprendería.

La señora Gigou. — Los hombres no sois en verdad muy hábiles. El señor Aleuil tiene grandes relaciones en las compañías de los ferrocarriles, de minas... forma parte de varios consejos de administración... Dile que desear obtener un empleo para tu hijo.

El señor Gigou. — Tienes razón. Voy a escribirle inmediatamente.

Manricio Donnay

Gente Nueva



Una visita inesperada

Hace días mi criado me anunció la visita de una señorita. Ordené la pasaran a mi despacho y, como ignoraba quién era ésta, estaba indeciso de cómo recibirla; si risueño o grave; opté por sonreír levemente, porque grave estoy peor.

—Adelante, adelante—dije a mi visitante, que se detenía en la puerta al mismo tiempo que me preguntaba—: ¿Se puede?

Le ofrecí una silla.

—Usted dirá a qué debo el honor de su visita.

—Soy hija—comenzó diciéndome—de Facundo Florez.

—Caramba, caramba—exclamé—; ¿y qué me dice de su papá?

—Cuando marchó a América, como usted sabe, era soltero; allí casó con una mujer del país; fruto de esta unión nació una niña.

—Entonces usted es americana.

—Sí, señor.

—Es decir—rectifiqué—una americana cruzada. Sus papás ¿han venido también a España?

—No, señor, quedaron allá; vendrán si se solucionan favorablemente varios asuntos que tengo que resolver en España.

Quise agregar a lo dicho por la hija de mi amigo las palabras latinas R. I. P., pues pensé que tendrían oportunidad al hablar de sus padres que están ausentes y que se encuentran en el otro mundo; nada dije por no interrumpir.

Hubo un largo silencio tras del cual pregunté:

—¿Le gusta esta tierra?

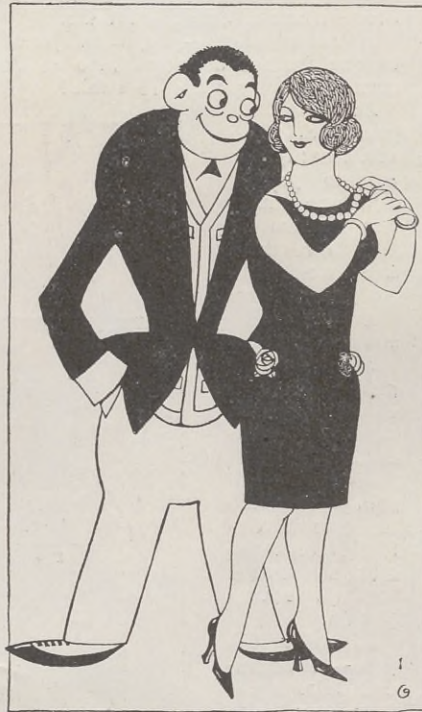
—Muchísimo, “a mí lo madrileño me vuelve loco;” por cierto que, el otro día, me ocurrió una cosa graciosísima.

—Cuénteme, cuénteme.

—Estaba asomada a la ventana del patio de la fonda, serían las once de la mañana; en esto que sonó el pito del cartero y otro huésped, sacando la cabeza por la ventana de enfrente, me preguntó:

—¿Me haría el favor, señorita, de decirme qué estación es la que dejamos?

—Muy gracioso, muy gracioso, repliqué.



—Me alegro que me hayas hablado del collar, porque así me has recordado que tengo que ajustarte las cuentas.

Dibujo de GARRIDO.



—Oye, chamandi: vas a la derniere, ¿cuánto te ha costado ese ternito?

—Una quincena...

—Ayer estuve viendo “Don Juan Tenorio.”

—¿Le gustó?

—Muchísimo. Hubo en el teatro un pequeño incidente.

—¿Qué ocurrió?

—Cuando don Juan, dirigiéndose a doña Inés, recita los versos:

“arráncame el corazón

”o ámame, porque te adoro”

una señora, que sin duda no había oído bien las palabras del actor, dijo a un caballero que estaba en la butaca de al lado:

—¿Quisiera repetirme lo que ha dicho don Juan?

—Lo siento mucho, señora—respondió el aludido— soy casado.

Y allí fué Troya.

—Veo que va usted a poder contar muchas cosas a sus paisanas.

—Ya lo creo. He pensado anotar todo aquello que me llame la atención, y, ahora, que hablo de esto, se me olvidaba anotar una cosa.

—¿Quiere papel y pluma?—la ofrecí.

—Muchas gracias. Voy prevenida.

Escribe mi visitante en un libro de notas; cuando termina se lo pido para saber lo que había anotado, y leí:

“Un hombre me dijo al verme pasar: “No meta tanto ruido al andar, que va a despertarse mi corazón que está echando un sueñecito”.

—No tendrá queja de la galantería de los españoles.

—No; y recuerdo otro. Caminaba por el arroyo, debido a que por la aceña era imposible caminar; se acercó un individuo y me dijo: “Va usted por medio de la calle como la Virgen en día de procesión”. Y otro, me echó esta flor: “Tengo para ti, chiquilla, un H-P. de cuarenta animales, un armario lleno de trapíos de mujer y un cuartito donde no entrará más que tú, yo y un rayito de sol. ¿Te agrada la “convina” o piensas rechazarla por unanimidad sin que parlamentemos?”

—Si dice esto a sus paisanas, se queda su tierra sin mujeres.

Mi visitante consulta el reloj y después, me dice:

—Caballero, voy a retirarme.

—Como usted guste.

—He venido a saludarle en nombre de mi padre.

—Agradezco mucho su atención y siento no poder decirle ninguna galantería, pero ahí van esos cinco duros para que se merque las flores que más la agraden y vea en tantas como la den, un piropo de este su seguro servidor que besa sus lindos piececitos.

—¡Cal ailero!

—¡Señorita!

Gerardo Sánchez



—Bueno, hijita, te voy a regalar cinco duros para que no te incomodes.
—Pero si ya sabes que yo no me incomodo. ¡Vengan esos cinco!

—Jugad con esta pistola, hijos míos; pero tened mucho cuidado, que está cargada.



¿En qué se parece una compañía transatlántica al vino?
En que tiene vapores.

¿Qué ave es la más preferida de los feligreses?
El Ave-María.

¿Por qué los sordos son preferidos para guardar las puertas?
Porque están hechos unos "cerrojos".

¿Cuál es el colmo de un barnizador?
Tomar café en el "bar" Niza.

¿En qué se parece una casa de seis pisos a un reloj?
En que tiene segundos.

¿Cuál es el tren que jamás carece de agua y la tiene muy fresquita?
El tren-botijo.

¿Qué gran periodista, llorado por todos, tenía hueco en todas partes?...
Mariano de Cavia, porque "Cavia" en todos los "laos".

RAMIRO GOMEZ.

El de un carpintero.
Trazar las medidas con una "regla de tres".
El de una modista.
Confeccionar un traje con telas de araña.
Otro.
Hacer unos pliegues a la falda de una montaña.

El de un poeta.
Escribir versos en una cuartilla de vino.

CARMELO HERNANDEZ.



A. A. F.—Madrid.—No tiene mucha gracia.

Ramiro Gómez.—Madrid.—Se publicarán.

V. E.—Escorial.—Su trabajo no está en consonancia con el carácter de esta Revista. Le felicitamos por sus éxitos.

A. F. P.—Ingenioso, pero irreverente. Kako.—Muy verde.

Pina.—Se publicarán. Tuto.—Se publicará en negro.

C. H.—Aceptado. Ramonín.—Otra vez será.

L. Regatero.—Sentimos no poderle complacer. Luis Montero.—Aceptado.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES



—Yo creía que éstos tenían de verdad la piel roja.
—Es que se conoce que cuando los vieron por primera vez tendrían una epidemia de escarlatina...

LA GRACIA

REVISTA COMICA



El osc. —¿Y esta comida es para mí? Bueno, pero, ¿y para las pulgas que tengo que alimentar?...



—¡Estoy deseando que mi novio me mate!
—¿Pa qué?
—Pa después verme retratá en los papeles.